

se atreven a apuntar que en estos momentos el verdadero problema de los trabajadores, el más acuciante, es el paro, no su capacidad adquisitiva. Es una aseveración demasiado rotunda, que, sin duda, es interesada. Pero refleja una parte del problema. En definitiva, si el control salarial dura sólo lo que se dice en los acuerdos y si en ese tiempo se restablecen los equilibrios económicos y se frena el crecimiento del paro, o al menos se establecen las bases para hacerlo, el sacrificio de los trabajadores, siempre y cuando sea controlado y se ajuste a la letra de los acuerdos —con las mejoras que puedan introducir las centrales— habrá tenido un sentido.

El paro

Entrando en el tema del paro, hay que decir que el programa —de claro cuño antiinflacionista— lo deja en un segundo lugar: se opta por la lucha contra el crecimiento de los precios, considerando que sólo batiendo a la inflación se podrá restablecer la normal actividad económica, y eso supone que la cifra de parados va a aumentar: en 100.000 personas dicen los cálculos oficiosos. En los acuerdos se incluyen numerosas medidas para paliar el problema del paro: la elevación de las dotaciones del Seguro de Desempleo, la creación temporal —con la posibilidad de despido a los dos años— de empleo juvenil, con cotizaciones a la Seguridad Social a cargo del Estado, y se anuncia la tendencia a aumentar el Seguro de Desempleo hasta el nivel del salario mínimo. Además, en el capítulo de las reformas estructurales, se indica que el Seguro dejará de depender en un futuro de la Seguridad Social.

Son medidas insuficientes, pero, en la lógica del programa, no es posible pedir más a corto plazo. De otro lado, el tema de las pensiones, que había sido olvidado en el primer documento, se

recoge ahora y se anuncia que, con efectos desde el primero de enero, la masa global de las pensiones aumentará en un 30 por ciento, con incidencia progresiva en las más pequeñas. Por lo menos hay que felicitarse de que UCD no aproveche las medidas con fines electorales, como hizo antes del 15 de junio, y que la elevación sea paternidad de todos los partidos.

Resumidamente hemos tratado de exponer la política coyuntural aprobada en la Moncloa. Razones de espacio no nos permiten entrar en un análisis de las reformas de estructura acordadas. Ello requeriría un análisis específico. Pero desde ahora decimos que los sacrificios, las cesiones que se dan en el orden coyuntural sólo se comprenden estudiando a fondo el significado de esas reformas. Dentro del sistema de mercado que la izquierda acepta se consigue mucho, se podría decir que hasta muchísimo. Es cierto que los acuerdos se producen en el terreno legal, que los poderes fácticos siguen siendo los mismos: pero sus atribuciones se ven sensiblemente mermadas.

De ahí las reticencias de la CEOE. A cambio de un programa coyuntural que implica sacrificios innegables cuya contrapartida —la salida de la crisis— es todavía una incógnita, se consigue una seria reforma de la estructura decisional de la economía franquista. Y eso no es plato de gusto de quienes controlan los traídos y llevados "poderes fácticos". Pero tienen que aceptar que ese es el único camino.

Al principio decíamos que ahora hay que cumplir los acuerdos. La firma de los partidos que representan más del 95 por 100 de los votos del pasado 15 de junio es una garantía seria de que así va a ocurrir. Y al margen de las reservas más o menos fuertes de las centrales sindicales, éstas van a aceptar el pacto de la Moncloa. Queda la incógnita de la CEOE. Y no es pequeña. ■ C. E.

ETERNIDAD DEL III REICH

ADOLFO Hitler prometió "un Reich de mil años". Según mis cuentas, sólo llevamos cuarenta y cuatro años, si se acepta como fundación del III Reich la de enero de 1933. En un abril de 1945, el III Reich pasó a la clandestinidad, como consecuencia de un incidente efímero que costó la vida a su fundador y a algunos de sus más importantes colaboradores. Comenzó después a manifestarse con diversas formas alotrópicas, y en estos últimos tiempos está recuperando ya su antigua nomenclatura, algunos de sus rituales y muchas de sus formas de acción. Algunos de quienes observan el fenómeno creen encontrarlo en las más diversas situaciones. Por ejemplo, "Pravda", diario soviético enormemente sensible a todo lo que se refiera a alemán, cree verlo en las bandas de anarquistas de la RFA, en lo que coincide con el estudioso profesor francés Maurice Duverger, que habla de ellas como del fascismo rojo. Los chinos suelen verlo simultáneamente en la Unión Soviética o en los Estados Unidos. La idea de que su representante actual pueda ser el señor Carrillo no se sustenta fácilmente, aunque se haya emitido desde la URSS y la haya explicitado un entendido en la materia, el señor Giménez Caballero, con el entusiasmo propio de uno de aquellos que fundaron el Reich en provincias. Las incógnitas se van despejando, desde el momento en que las cruces gamadas, los brazos en alto, los himnos y las banderas, vuelven a aflorar a la superficie. Entre los que creyeron verlo en alguna forma alotrópica, cuando todavía el III Reich no había entrado en la clandestinidad, estaba uno de sus epígonos de los Estados Unidos, el senador y candidato a la presidencia Huey Long, quien decía: "Pronto tendremos un fascismo que se llamará antifascismo". Una gran profecía, parecida en su acierto a la de otro de los fundadores, el de la rama italiana Benito Mussolini, quien decía: "Dentro de veinte años, el mundo será fascista o estará fascitizado". Cuando se constata, como acaba de hacerse en la reunión de estudio de la democracia celebrada en Atenas —a la cual falló el señor Suárez, uno de los invitados más esperados—, que no hay más que diecinueve democracias en el mundo y que todo lo demás son fascismos, dictaduras o formas alotrópicas de la esperanza del III Reich, se ve lo acertado de aquellas profecías.

Anotemos que en las diecinueve democracias constatadas se encuentra, desde luego, España: y, sin duda de ningún género, Alemania Federal. La forma en que muchas democracias han querido recoger las enseñanzas del III Reich es, naturalmente, encomiable desde ese punto de vista. Han acudido y acuden aún a toda clase de sistemas, legislaciones y actuaciones para que el autoritarismo deseado y los grandes ideales definidos no se perdiesen en el vacío. El trabajo de los Estados Unidos en la posguerra fue especialmente útil, y no sólo dentro de su propio país, sino en todo el mundo.

Pero nada sustituye a lo original. "Chassez le naturel, il revient au galop". Y al galope vuelve aquel ideario consustancial con el ser humano.

Pero hay que tener paciencia. Estamos sólo en el principio. Algo que ha de durar todavía novecientos cincuenta y seis años, y lleva sólo cuarenta y cuatro de existencia, no puede ofrecer más que dudas y algunas inquietudes a los que no tienen una capacidad mayor de visión. ¿Y después de los mil años? Lo mismo. En la película "L'affiche rouge", que se proyecta —no con mucho público— en algunas salas españolas, un general alemán instruye a un soldado: "¿Qué vendrá después del III Reich?". "El IV Reich, mi general". El general se irrita: nunca habrá IV Reich. Después del III Reich sólo puede haber el III Reich. Mil años no es más que una manera de definir la eternidad. ■

POZUELO

...Y DESPUES DEL PACTO

